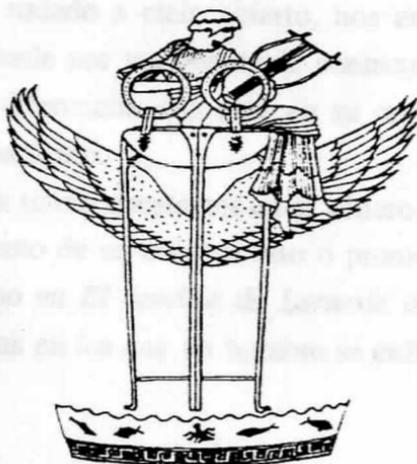


Cine y tradición clásica

El mito en el Western. Códigos de una epopeya

Norma Arana



No somos nada, todo es lo que buscamos.

Hölderlin

Quién no recuerda a Pecos Bill. Su *mythos* ya es emblemático. Hijo de una pionera, la suerte sin embargo le deparó un extravío en la selva y la elemental educación de unos coyotes. Ya adulto, se convirtió en asaltante de trenes, cabalgaba incansable en su caballo alado, *widow maker*, y encendía sus cigarrillos con los rayos de la tormenta. Desde figuras y peripecias como éstas, la semiología vislumbró las combinaciones más extrañas, y alcanzó a develar insospechadas afinidades.

El mundo homérico, lo comprobamos una y otra vez, es base de nuestra cultura, de nuestros principios, de nuestros códigos morales; explica nuestra conducta y nuestros mitos. Cuando nos introducimos en el cerrado universo del *western*, la mayor parte de las veces rodado a cielo abierto, nos encontramos con una épica que sorprende por sus puntos de contacto con la antigüedad griega y por las diferencias con ésta, en su mayor parte provenientes del judeocristianismo.

Los temas constantes en el género del *western* son varios. El cumplimiento de un compromiso o promesa del héroe hacia otro u otros, como en *El hombre de Laramie* o *Flecha rota* de Anthony Mann, films en los que un hombre se enfrenta solo ante las fuerzas

del mal para proteger a la comunidad, o a una mujer, o para vengar una muerte impune.

El *cowboy* se juega por la solución de los antagonismos en provecho de la solidaridad, ya sea *sheriff* o esté fuera de la ley. No es extraño encontrar en estos héroes, llámense David Crockett, Daniel Boone, Billy The Kid, Wyatt Earp o Pecos Bill; semejanzas con Jasón, Hércules, Odiseo, Aquiles, Telémaco y Héctor.

La búsqueda, finalmente, es uno de los temas recurrentes. Puede surgir del vagabundeo o tener un propósito, como vengar una afrenta o encontrar un tesoro. El caso de *El tesoro de la Sierra Madre* de John Huston es paradigmático. Un grupo de hombres busca oro en México, con la ilusión de no corromperse. El oro los enloquece. Los que sobrevivan aprenderán la lección, pero no saldrán triunfantes de la empresa. Y es que la aventura vale por sí misma y no por los resultados.

No es difícil disparar nuestra imaginación y afirmar que los desiertos que con esfuerzo cabalgan los *cowboys* son comparables a los mares griegos, y que las luchas entre helenos y troyanos no se diferencian demasiado de las de los nortños y sureños, si no se tienen en cuenta los uniformes. El Oeste es una nueva representación mítica del nuevo nacimiento del hombre. Es su paraíso y su tierra prometida.

Siempre se ha asimilado la gesta cinematográfica del salvaje Oeste con las sagas primitivas, teniendo en cuenta los valores de

lealtad, respeto a la palabra dada y protección de la viuda y el huérfano. En este universo semi-mítico los arquetipos se corresponden sin dificultad e incluso pueden encontrarse las más variadas formas de la aventura épica, en las que el grupo o comunidad ocupa el mismo rol de sostén que el coro griego.

Río Bravo, ¿*Quién mató a Liberty Valance?*, *La diligencia* de John Ford, *La pandilla salvaje* de Sam Peckinpah y *Shane* de Anthony Mann prueban que la aventura es la quintaesencia del *western*, como lo fuera en *Odisea*. Estos reiterados periplos de los héroes -semidioses, a veces- se dan en el cine, sin embargo, cuando la sociedad suple los actos heroicos con utopías imaginarias, con ficciones. El *western* cinematográfico es una compensación para un mundo que ha perdido, a manos de la realidad, sus ideales heroicos.

No es casual entonces que el cine americano haya dedicado una costosa superproducción, con nada menos que Kirk Douglas -un clásico héroe del *western*- como protagonista, para llevar al cine la *Odisea* bajo el título de *Ulises*. La sustitución revela las diferencias de criterios: lo que importa no es el viaje de Ulises, sino Ulises mismo.

Y el héroe, en esta versión, no se diferencia mucho del de los *westerns*. Este Ulises es inmovible como John Wayne, sensible como Robert Taylor, bueno como James Stewart y Henry Fonda, sereno como William Holden, astuto como Burt Lancaster y puritano como Gary Cooper.

Es que, justamente, el sentido de la aventura ejemplar, en la que el héroe debe sobrellevar innumerables peripecias sin desfallecer ni corromperse, está necesariamente presente en el género del *western* como en la épica griega, y además apunta al mismo fin: la conformación de valores claros y unívocos sobre los que se construirán las leyes del colectivo social.

Aquiles elige una vida corta y heroica porque es su deber y su destino; con idénticos móviles el *sheriff* Kane de *A la hora señalada*, dirigida por Fred Zinnemann, se enfrentará solo contra el mal. Volverá Odiseo junto a Penélope, dejando atrás a Circe; tomando su ejemplo, Gary Cooper abandonará a la mexicana Kathy Jurado -de tan bueno parece tonto- para casarse con su novia, Grace Kelly, y formar una familia blanca, anglosajona y protestante.